10491

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

SUMA Y SIGUE

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

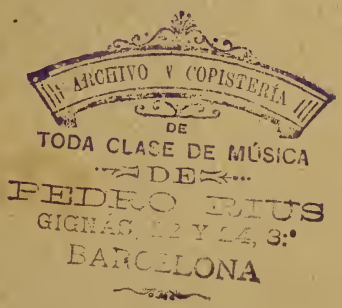
POR

DON MARIANO PINA

TERCERA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA
1889

SUMA Y SIGUE


ARCHIVO Y COPISTERÍA
DE
TODA CLASE DE MÚSICA
DE
PEDRO RIUS
GIGNÁS, 12 Y 14, 3.º
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

EN TRES ACTOS.

Ataque y defensa.
Á quien Dios no le da hijos...
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero.
El rey de los primos.
Juegos prohibidos.
Á caza de divorcios.
El pacto con Satanás, en 4 actos.
Redimir al cautivo.
Con el credo en la boca, en 2 actos.
El libre albedrío.
El guarda-ropa, en 2 actos.

EN UN ACTO.

No más secreto.
Manolito Gazonez.
Juan el perdío.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Un contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Las cuatro esquinas.
Suma y sigue.
Las plagas de Egipto.
Escuela normal.
Lluvia de oro.
La novia del general.
Ya pareció aquello.
Coser y cantar.
Dondiego de noche.
Complicaciones.
Correo de la Habana.

ZARZUELAS.

EN TRES ACTOS.

Giralda.
La roca negra.
Si yo fuera Rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un jóven honesto.
Los Dioses del Olimpo.
Las Georgianas.
La vida Madrileña, en 4 actos.
La sota de espadas.
Los comediantes de antaño
El campanero de Begoña.
La farsanta.

EN DOS ACTOS.

Colegialas y soldados.
Enlace y desenlace.
El Sordo.
Bruschino.
Francifredo, Dux de Venecia.
La gata de Mari-Ramos.

EN UN ACTO.

Al amanecer.
¡Diez mil duros!
El jóven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.
Bazar de novias.
Los rayos del sol.
El hombre es débil.
Mesa revuelta.
La confitera.
Los carboneros.
El lucero del alba.
Los chichones.
¡Anda, valiente!
La filoxera.

SUMA Y SIGUE

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de LA ZARZUELA, el 24 de Diciembre de 1864.

ARCHIVO Y COPISTERÍA
DE
TODA CLASE DE MÚSICA
DE
PEDRO RIUS
CIGNÁS, 22 Y 24, 3.º
BARCELONA

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1889

PERSONAJES	ACTORES
ELADIA	Sra. Valverde.
JULIANA	» Moreno.
BERMELLÓN	Sr. Mario.
DON ROQUE	» Jiménez.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ACTO UNICO

ARCHIVO Y CONSERVATORIO DE MÚSICA
TODA CLASE DE MÚSICA
PEDRO RIUS
GIGNÁS, 22 Y 24, 3.º
BARCELONA

Gabinete elegante.—Puerta al fondo y laterales.—Sofás, sillas, etc.—Uno de aquéllos en la pared, después de la puerta de la derecha.—Velador preparado para almorzar, y otro más pequeño de costura, con tijeras, seda, agujas, etc.

ESCENA PRIMERA

ELADIA cosiendo y JULIANA acabando de poner la mesa.

JULIANA. ¿Tomará usted café ó chocolate?

ELADIA. No tengo gana de nada. El susto de ayer me ha quitado completamente el apetito. ¿Le has visto? ¿Está tranquilo?

JULIANA. Durmiendo como un lirón.

ELADIA. Pero chica, no hagas tanto ruído con los platos... ¡Ay! no tienes pizca de consideración.

JULIANA. Pero si duerme á pierna suelta.

ELADIA. Por lo mismo no debe sentirse ni una mosca. (Levantándose y dirigiéndose á la puerta izquierda del actor.) ¿Tomó la tila?

JULIANA. No pude conseguir que la probase.

ELADIA. ¡Esa aversión á las medicinas!... ¡Chist...! La respiración es sosegada y tranquila.

JULIANA. Me parece que no muere de esta. Conque, ¿le sirvo á usted el desayuno?

ELADIA. Bien; avísale á mi tío.

673514

JULIANA. El señor salió muy de mañana, y todavía no ha vuelto.

ELADIA. ¿Qué no ha vuelto?

D. ROQUE. Aquí me tienes ya.

ESCENA II

DICHAS y D. ROQUE

ELADIA. Mucho se ha madrugado, querido tío.

D. ROQUE. (Quitándose el gabán y el chaleco y poniéndose la bata. En efecto, y he tardado más de lo regular. ¿Pero, qué quieres? los hombres de negocios... (Condoliéndose de un brazo.) ¡Ay!... pronto va á llover. Hoy estoy fatal del brazo. En fin, á la mesa, que ya estarás desmayada.

ELADIA. Al contrario... Me siento tan nerviosa... tan hipocondriaca, que no tengo el menor apetito.

JULIANA. ¿Qué le serviré á la señorita?

D. ROQUE. Tráela unas chuletas.

ELADIA. Será en balde.

JULIANA. ¿Y para usted?

D. ROQUE. Una taza de té... un vaso de agua. Yo me mantengo con líquidos. (Se sientan á la mesa. Juliana se va y sale á poco con las chuletas y el té.) Además, vengo sudando y ahora no convendría cargar el estómago.

ELADIA. Será negocio de muy grave entidad el que le trae á usted tan cansado.

D. ROQUE. Te diré: la entidad para mí es la cantidad, y la cantidad es de diez mil reales, que sentiría perder.

ELADIA. Desde que se ha vuelto usted avaro, no piensa más que en el dinero.

D. ROQUE. Porque quiero reunir mucho, para que tú lo gastes cuando seas mi esposa.

ELADIA. Sí, sí... pero me iba usted á explicar ese otro negocio.

D. ROQUE. ¿El de los diez mil reales?... Es muy sencillo. Hace

seis meses que presté esa suma á cierto sujeto, con el módico interés de un cinco por ciento al mes...

ELADIA. Estuvo usted muy equitativo.

D. ROQUE. Yo nunca me valgo de la ocasión. Pero el deudor, en vez de acreditar su agradecimiento con la puntualidad en el pago, ha dejado pasar el plazo sin efectuarlo, y vengo de embargar todos los muebles de su casa.

ELADIA. Pero eso es una crueldad.

JULIANA. Ya están aquí las chuletas y el té.

ELADIA. No tengo el menor apetito.

D. ROQUE. ¿Pero de qué proviene ese desgano?... Es necesario que hagas ejercicio, que salgas á paseo.

ELADIA. ¿Para que lleve otro susto como el de ayer?... ¡Dios me libre!

D. ROQUE. ¿Un susto?

ELADIA. Cuyo recuerdo conmueve todo mi sér.

D. ROQUE. Cuenta, cuenta. (Sin dejar de comer.)

ELADIA. Ayer se me figuró que Virginio estaba triste.

D. ROQUE. ¡Pobrecito!

ELADIA. Y para distraerlo, me lo llevé al Retiro.

D. ROQUE. Bien hecho.

ELADIA. Le puse su gabancito marrón y su corbata grosella, y como es tan gracioso y tan simpático, iba llamando la atención de cuantos le miraban.

D. ROQUE. Ya lo creo.

ELADIA. ¡Si viera usted lo que corrió y jugueteó por aquellos jardines!... ¡Pero de pronto, oigo detrás de mí un grito desgarrador!...

D. ROQUE. ¡Diantre!

ELADIA. Era de Virginio, que atropellado por un imbécil, estaba tendido en tierra con un manita casi deshecha de un pisotón.

D. ROQUE. (Me alegro.) ¿Conque una mano estropeada?

ELADIA. El jover... porque era un joven el que lo pisó... y por cierto no mal parecido, se deshizo en excusas y cumplimientos; pero eso no le libró de que le llamase

caribe é inhumano, al coger á Virginio en mis brazos, para traérmelo á casa en el estado más alarmante. (Á Juliana.) Mira si se ha despertado.

JULIANA. (Mirando por la puerta izquierda.) Ahora está bostezando, y estira el bracito malo.

ELADIA. ¡Ay!... ¡si se desatará el apósito!

JULIANA. ¡Ah!... se me olvidaba decir, que en el recibimiento hay un caballero que desea ver á usted.

D. ROQUE. ¿A mí?... ¿No ha dicho quién es?

JULIANA. Me ha dado esta tarjeta.

D. ROQUE. (Tomándola.) «Francisco Bermellón, pintor al fresco.» —¡Calla!... ¡pues si es el deudor de los diez mil reales!... Sin duda vendrá á pagarme. Díle que pase. (Vase Juliana.)

ELADIA. Mientras usted habla con el señor Bermellón, voy á ver cómo sigue Virginio. (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA II

DON ROQUE, BERMELLÓN, JULIANA y un CRIADO se llevan el velador en que ha almorzado D. ROQUE.

D. ROQUE. Pase usted, caballero, y sírvase tomar asiento.

BERMEL. Gracias, es usted muy amable. (Haciendo reverencias.)

D. ROQUE. (Mucho me saluda... Mala señal.) ¿Usted viene á hablarme sin duda?...

BERMEL. Sí, de un alguacil y un escribano que ha tenido usted la bondad de remitirme.

D. ROQUE. ¿Y usted desea que arreglemos nuestra cuenta?

BERMEL. Justo: deseo... que nos entendamos.

D. ROQUE. Corriente. ¿Trae usted buena moneda?

BERMEL. Traigo buena voluntad. ¡Por ahora no poseo otro capital.

D. ROQUE. ¿Que no?... ¿Entonces qué quiere decir eso de pintor al fresco?

BERMEL. Quiere decir, que siempre pinto muy ligero de ropa.

D. ROQUE. ¿En ese caso, qué es lo que usted pretende?

BERMEL. En primer lugar, que usted me escuche.

D. Roque. Ya estoy atento.

Bermel. Usted ha hecho embargar todas mis ropas y muebles.

D. Roque. Justo, para reintegrarme de...

Bermel. Usted debe alcanzar, que yo puedo tener otros acreedores, que deducirán cada cual lo que en nuestras leyes se llama una tercería.

D. Roque. ¿Y qué?

Bermel. Que el juez decretará el concurso, y usted, probablemente, se quedará á la luna de Valencia.

D. Roque. Eso lo veremos. ¿Qué entiende usted de tercerías ni concursos?

Bermel. Le advierto, que antes de pintor he sido alguacil.

D. Roque. (¡Demonio! pues si estoy hablando con un legista.) Pero en fin, ¿cuál es la pretensión de usted?

Bermel. Una muy sencilla. Yo soy un hombre de bien y deseo pagar mis deudas.

D. Roque. Esos deseos le honran á usted.

Bermel. Pero no quisiera ver desbaratar mi casa de esa manera. Se trata de los muebles de mis antepasados: muebles y efectos que cada uno revela toda una historia. Allí la botella con que se festejó la boda de un abuelo. Acá la silla desvencijada por otro en las costillas de su mujer. Ya la cuerda con la que se ahorcó nn ascendiente; ya la mesa en que otro le tiraba el pego á sus amigos... ¡Oh! dispense usted que me arranquen lágrimas estos recuerdos de familia.

D. Roque. Bien, hombre, tranquilícese usted y busquemos un medio para que no se malbaraten esos preciosos muebles.

Bermel. Lo tengo infalible, sin que se perjudiquen los intereses de usted.

D. Roque. Veamos.

Bermel. Depositarlos en esta casa como en prenda pretoria.

D. Roque. En efecto... de ese modo...

Bermel. Evitamos costas y usted abriga la seguridad de que, para rescatarlos, le pagaré en cuanto pueda capital é intereses.

D. ROQUE. Convenidos. Aquí tengo un cuarto á propósito para colocarlo todo. (El de la derecha.)

BERMEL. (Asomándose al cuarto.) Muy bonito, muy bonito. Capacidad, ventilación, cortinas, chimenea... Diga usted, ¿hace humo esa chimenea?

D. ROQUE. Nunca.

BERMEL. Pues señor, estamos de acuerdo. Le abandono á usted mis vestidos, mi casto lecho, mis camisas, mis botas, mi neceser de afeitar, en fin, todos mis efectos.

D. ROQUE. (Me cautiva este hombre por su honradéz.)

BERMEL. Solamente le pido á usted permiso para venir á hacerme la barba.

D. ROQUE. ¿Eh?... ¿Qué?...

BERMEL. Y á mudarme de camisa.

D. ROQUE. ¿Y á mudarse de?...

BERMEL. Como mis camisas estarán en ese cuarto, será indispensable que venga...

D. ROQUE. Ya... ¿y se muda usted muchas veces?

BERMEL. Cuatro ó cinco veces al día. Usted pagará la planchadora, y ese gasto lo anota usted en la cuenta.

D. ROQUE. (Tiene razón... mientras yo tenga en mi poder las camisas...) En fin, vaya usted á buscar los muebles.

BERMEL. Eso le corresponde á usted que los tiene embargados. Yo no puedo disponer...

D. ROQUE. Es verdad: voy á escribirle una carta al notario, para que disponga su traslación.

BERMEL. Un momento, señor don Roque. Advierto á usted que debo cuatro meses de cuarto, y que el casero no dejará sacar una silla sin que se le abonen.

D. ROQUE. ¡Canario!... ¿Cuatro meses?... ¿Qué importan?...

BERMEL. Á ciento ochenta reales...

D. ROQUE. ¡Treinta y seis duros!...

BERMEL. Que usted puede abonar, y adicionarlos á nuestra cuenta.

D. ROQUE. (Dice bien... yo tengo asegurada la deuda...) Hasta después, amigo mío. (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA III

BERMELLÓN, después ELADIA

BERMEL. Perfectamente. (Mirando la habitación de la derecha.) Mis muebles y ropas van á estar á las mil maravillas. Espejos... butacas... alfombra...

ELADIA. ¿Juliana?... ¿Juliana?...

BERMEL. ¡Esa voz!... (Volviéndose.) ¡Dios mío! la señora de...

ELADIA. ¡Qué veo!... ¿Usted aquí?

BERMEL. Calma, señora, calma, y suplico á usted que me escuche.

ELADIA. Después del lance de ayer, ¿qué significa su presencia en esta casa? ¿Es que quiere usted gozar de nuevo con mi dolor?

BERMEL. Señora: ayer fuí el más desgraciado de los hombres, por no ver donde ponía el pié.

ELADIA. ¡Pobre Virginio!

BERMEL. ¡Ah!... ¿se llama Virginio? Bonito nombre... Pero mi disculpa está en la belleza de usted. Yo la contemplaba atónito, cuando el infelíz vino á ponerse al paso, y paf...

ELADIA. ¡Oh!... ¡no me recuerde usted aquel momento!

BERMEL. Y he creído de mi deber venir á pedir á usted mil perdones, y á informarme del estado del paciente.

ELADIA. ¡Ah!... ¿Es ese el objeto de su visita? Se encuentra más aliviado, pero el infelíz ha sufrido mucho.

BERMEL. Crea usted que sus padecimientos me llegan al fondo de... y dispense usted la pregunta: ¿bebe agua?

ELADIA. De azahar y de tila. ¿Por qué es la curiosidad?

BERMEL. Porque al pisarlo, me mordió una pantorrilla.

ELADIA. ¿Conque le mordió á usted? Ni en aquel momento perdió su natural gracejo.

BERMEL. (Pues no me hizo maldita la gracia.) Cuando yo miraba juguetear al dichoso animal en rededor de usted, creía ver una blanca mariposa en torno de una flor.

ELADIA. ¡Caballero!... Pero tome usted asiento.

BERMEL. Mil gracias. (Se sientan.) Me atrevo á suplicar á usted, que ofrezca en mi nombre al enfermo este piloncito de azúcar.

ELADIA. Dispense usted que no lo acepte, porque le daña la dentadura.

BERMEL. En ese caso no insisto. (Comiéndose el azúcar.) Cuídele usted, señora, ámelo usted, conserve usted ese precioso animal.

ELADIA. Desde que murió mi marido él es mi único consuelo.

BERMEL. ¡Ah!... ¿usted es viuda?

ELADIA. Sin sucesión.

BERMEL. (Acercando la silla.) Es una noble desgracia, aunque no irreparable.

ELADIA. Hay una poderosa razón para que yo les tenga apego á todos los de su raza.

BERMEL. ¿Á los de la raza de su marido?

ELADIA. No, de la de Virginio; porque le debo la vida á uno de su especie.

BERMEL. ¿Qué me cuenta usted?

ELADIA. Una de las noches del último verano, paseando en Aranjuez, por la orilla del Tajo, me enredé en el miriñaque, y caí al agua.

BERMEL. Siempre he detestado esos enredos.

ELADIA. Mi tío, que me acompañaba, pidió socorro: nadie acudía, y ya me consideraba presa de las ondas, cuando se acercó á mí un hermoso perro de Terranova, de cuya cola me cogí, y me sacó á la opuesta orilla.

BERMEL. ¡Oh! perro filantrópico y humanitario.

ELADIA. Mi tío sólo vió un bulto negro, y sostiene algunas veces que mi salvador fué un hombre. Pero yo, que estoy convencida de la verdad, quiero á todos los perros y en particular á mi Virginio.

BERMEL. Al primer hijo que me dé el cielo, le he de poner ese nombre.

ELADIA. ¿Es usted casado?

BERMEL. Todavía no, pero sigo la carrera.

ELADIA. Y si viera usted cómo me consuela en mis afliciones y soledades...

BERMEL. Lo creo. ¿Qué edad tiene?

ELADIA. Tres años.

BERMEL. La edad de las ilusiones.

ESCENA IV

DICHOS, D. ROQUE, JULIANA y MOZOS, que conducen un baul, un biombo, una cama, colchones, sillas, etc.

D. ROQUE. Por aquí... por aquí.

BERMEL. ¡Ah!... Perdone usted, señora. (Á los mozos.) Mucho cuidado, por Dios. Toda mi suerte está en vuestras manos. (Uno de los mozos saca una caja de lavativa que se le cae al atravesar la escena. Bermellón la coge y se la pone debajo del brazo.)

ESCENA V

ELADIA y D. ROQUE

ELADIA. ¿Pero qué significa esto?

D. ROQUE. Esto significa un negocio magnífico.

ELADIA. ¿Para qué ha comprado usted todos esos muebles?

D. ROQUE. ¡Comprar!... Si son de Francisco.

ELADIA. ¿Y quién es Francisco?

D. ROQUE. Mi deudor... ese joven que hablaba conmigo. Me da todos sus enseres en prenda; y sin gastar un real en la justicia, aseguro la deuda.

ELADIA. ¡Y entretanto le deja usted en la calle! Eso es inícuo.

D. ROQUE. No: hemos convenido en que vendrá aquí á hacerse la barba, y á mudarse de...

ELADIA. ¿Aquí?

D. ROQUE. En ese gabinete.

ELADIA. ¿Pero no reflexiona usted, que introducir en la casa á un extraño, á un joven... bastante guapo, puede dar que decir?

D. ROQUE. Asegure yo la deuda, y digan lo que quieran.

ELADIA. ¡Y todo por la sórdida avaricia! Vamos... merecía usted...

D. ROQUE. ¿Qué?...

ELADIA. Nada: déjeme usted en paz. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

D. ROQUE, después BERMELLÓN

D. ROQUE. Las mujeres no entienden una palabra de negocios. En sacándolas de sus moños y pelendengues...

BERMEL. (Figurando que habla con Juliana.) ¿La cabeza altita, eh?... dos almohadas y bastante abrigo á los piés.

D. ROQUE. ¡Dos almohadas!... ¿piensa usted dormir aquí?

BERMEL. Es una idea que se me ha ocurrido hace poco. Quedando mi cama en ese cuarto, á usted le debe ser indiferente que esté ocupada ó vacía.

D. ROQUE. Sí... pero permítame usted...

BERMEL. Nada, nada... dormiré aquí. Y como no quiero serle gravoso, el gasto de la luz me lo anota usted en la cuenta.

D. ROQUE. Es que yo no admito pupilos.

BERMEL. ¡Por Dios, señor don Roque!... Pupilo es el que paga el pupilaje, y le aseguro á usted que yo no pienso pagarlo.

D. ROQUE. Razón más para que se lo niegue. (Ya me va cargando este mozo.)

ESCENA VII

DICHOS, JULIANA y MOZOS. Uno de éstos cargado con el biombo que ha conducido antes.

JULIANA. Señor, la habitación se encuentra llena de trastos, y no sé dónde poner cómodamente este biombo.

D. ROQUE. Que lo lleven á la boardilla.

BERMEL. ¿Para que lo taladren los ratones? De ninguna manera.

D. ROQUE. ¿Y dónde se coloca este armatoste?

BERMEL. En cualquiera parte... aquí mismo. (Lo coloca á medio extender delante de la puerta de la derecha.)

D. ROQUE. ¡Justo!... en medio del estrado, (¡Cuando digo que me va hartando este hombre!)

BERMEL. Así le limpiarán el polvo todos los días.

JULIANA. Los mozos dicen que quién les paga.

D. ROQUE. ¿Quién les ha de pagar? El señor, que es el amo de los muebles.

BERMEL. ¿Yo?... Aquí no hay mas amo que usted, mientras yo no solvente mi crédito.

D. ROQUE. ¡Adelante!... Toma dos reales y que se los repartan entre todos. (Sacando el dinero del bolsillo del pantalón.)

JULIANA. ¿Dos reales para tres hombres que han traído una casa á cuestas?

BERMEL. Señor don Roque: usted podrá ser todo lo mezquino que quiera cuando se trate de sus intereses, pero cuando se trate de los míos, quiero quedar en el lugar que me corresponde. Dé usted á esos chicos un par de duros.

D. ROQUE. ¡De sus intereses!... ¿y dónde están?

BERMEL. Pero hombre, ¿no tenemos cuenta abierta?

D. ROQUE. Es que la cuenta va á subir al cielo.

BERMEL. Mejor: así estará más clara.

D. ROQUE. En fin, toma tres pesetas y que se vayan con Dios.

JULIANA. ¿No les da usted algo más para beber?

D. ROQUE. Que beban aguarrás.

JULIANA. (¡Ay qué miserable!) (Les da el dinero á los mozos, que se van por la puerta del fondo, y ella desaparece por la derecha.)

ESCENA VIII

BERMELLÓN y D. ROQUE

D. ROQUE. Pero, señor mío, ese biombo no puede quedar ahí.

BERMEL. ¿Por qué?

D. ROQUE. Porque no sirve más que de estorbo.

BERMEL. Al contrario, nos viene de molde. Mire usted, lo ponemos aquí abierto. (Abre el biombo y lo coloca de manera que quede el espacio conveniente entre él y la puerta de la derecha, y de modo que vea el público y no los que salgan por la puerta del fondo, el sofá que habrá al lado de aquella, ó sea de la puerta de la derecha.) Y de este modo, forma una especie de gabinete para recibir. Ya comprenderá usted, que si tengo visitas, no es cosa de recibirlas en el dormitorio.

D. ROQUE. (Este hombre ha tomado mi casa por asalto.)

BERMEL. En cuanto á la comida...

D. ROQUE. No siga usted. En mi casa no se come.

BERMEL. ¡Ah!... ¿Comen ustedes de fonda?

D. ROQUE. No señor; comemos en San Bernardino. (Esto no puede seguir así... Yo no tengo valor para decírselo; pero voy á encargarle á Eladia que le ponga de paticas en la calle.) Dispénseme usted si le dejo por un momento, pero me llaman ocupaciones...

BERMEL. Nada, nada. Entre convecinos deben suprimirse los cumplimientos. Ya sabe usted dónde tiene su cuarto. (Señalando el de la derecha.) Mándeme con franqueza en cuanto le ocurra.

D. ROQUE. Gracias, es usted muy amable. (Ya verás qué pronto te notifican el desahucio.) (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

BERMELLÓN

Pues señor, no me debo quejar. Hace dos horas me encontraba en la situación más deplorable... Sin domicilio, sin bienes, sin amigos... y todo lo recupero en esta bendita casa. Y á no dudar es mejor que la mía. Piso principal, buenas luces... butacas confortables... (Se sienta sobre el chaleco que ha dejado en la butaca D. Roque.) ¿Eh? ¿Qué es esto? Un chaleco:.. será de

don Roque. ¡Y pesa! ¿Á ver? (Sacando el dinero del bolsillo.) Dos... cuatro... siete... ocho duros. ¡Ya caigo!... Ha conocido que yo no tengo un cuarto, y pone aquí este dinero para que me utilice de él, sin causarme el bochorno de ofrecérmelo. ¡Qué nobleza de alma y qué generosidad! Sería yo el mayor de los ingratos, si no aceptese esta elocuente prueba de... (Metiéndose el dinero en el bolsillo.) Que lo agregue á la cuenta.

ESCENA X

DICHO y JULIANA

ARCHIVO Y COPISTERIA DE TODA CLASE DE MÚSICA PEDRO DE PUIG BARCELONA

JULIANA. Ya lo tiene usted todo arreglado en su cuarto, señorito.

BERMEL. Gracias, hermosa... ¿cómo te llamas?

JULIANA. Juliana.

BERMEL. ¿Juliana? Tienes el nombre de una sopa que me gusta mucho. ¿Conque tú vas á ser la encargada de mi asistencia?

JULIANA. Y procuraré cumplir mi encargo á satisfacción de usted.

BERMEL. Toma cuatro duros para que no olvides el propósito.

JULIANA. ¡Oh!... no; de ninguna manera: yo no recibo dinero más que de mi amo.

BERMEL. Pues figúrate que éste acaba de salir de su bolsillo.

JULIANA. Le repito á usted que no puedo, que primero me matan que recibir... (Tomándolo.) En fin, lo tomo, porque no diga usted que soy molesta.

BERMEL. Ya lo veo.

JULIANA. ¿Y va usted á estar mucho tiempo con nosotros?

BERMEL. Dilataré mi permanencia todo lo que pueda. Y por lo mismo, bueno será ponerte al corriente de mis hábitos y costumbres.

JULIANA. Usted dirá.

BERMEL. En cuanto á la cama, ya hemos dicho que la cabeza alta.

JULIANA. Descuíde usted.

BERMEL. Además, te prevengo, que padezco de los nervios, y convendría que hubiese alguien cerca de mí, para que en un caso apurado me dé unas friegas de piernas. ¿Dónde duermes tú?

JULIANA. En el otro extremo de la casa. Pero á su lado de usted duerme el criado, un gallego, que del primer restregón le arrancará una pantorrilla.

BERMEL. Gracias por el gallego y por el restregón. Á las diez en punto quiero tener las botas limpias. Y en los ratos perdidos, no estará demás que repases mi ropa por si le falta algún botón ó le sobra algún ojal.

JULIANA. Empezaré desde hoy mismo.

BERMEL. ¡Ah!... Toma eatos dos duros y haz que me traigan un ramo de flores delicadas y frescas.

JULIANA. Yo propia iré por él. (Vase.)

ESCENA XI

BERMELLON; después ELADJA

BERMEL. Para completar mi dicha, la doncella esté de mi parte, y lo voy á pasar como un arzobispo.

ELADIA. (En la puerta figurando que habla con su tío.) Descuíde usted, yo le hablaré y creo que comprenderá...

BERMEL. (¡Hola! ¡mi patroncita!)

ELADIA. ¡Ah!... ¿está usted aquí? Justamente venía á verle.

BERMEL. ¿Á verme?... Cuánto le agradezco á usted...

ELADIA. Es decir... á verle... de parte de mi tío.

BERMEL. ¿Para saber si necesito algo? ¡Oh!... no señora. Lo que podía desear era su compañía de usted, y el cielo me la proporciona para colmar mi felicidad.

ELADIA. (¡Tener que echarle de casa, siendo tan fino y galante!) Mi tío me ha encargado una misión...

BERMEL. Tan bella embajadora no puede traer para mí más que buenas nuevas.

ELADIA. (Me desconciertan sus elegantes cumplimientos.)

BERMEL. Hable usted, señora. Ya escucho su acento, ó mejor dicho, ya bebo sus palabras.

ELADIA. Mi tío.., porque es mi tío, no soy yo, piensa que la permanencia de usted en esta habitación, puede ofrecer algún inconveniente.

BERMEL. ¿Y quiere cederme la suya porque es más cómoda? ¡Oh! yo no puedo permitir...

ELADIA. No es eso. Don Roque opina, que siendo usted un joven soltero y yo una viuda, no está bien que vivimos en la misma casa.

BERMEL. Ya... y quiere tomar otra para ustedes, y pagar esta casa para que yo la habite sólo. ¿Pero no conoce usted, que eso es llevar al extremo la?...

ELADIA. Tampoco es eso.

BERMEL. ¿Pues qué es?

ELADIA. Mi tío estima, y le repito á usted que es solamente mi tío, que no puede usted permanecer aquí, que debe marcharse.

BERMEL. ¿Qué pronuncia usted? ¡Marcharme!... ¡Abandonar esta casa!... ¿Y es usted la que se encarga de tan infausto mensaje?

ELADIA. Contra toda mi voluntad, caballero.

BERMEL. Mi separación de estos lares me costará la existencia.

ELADIA. ¡La existencia!

BERMEL. ¡Ame usted ciegamente á una mujer!... ¡Triture usted la pata de un perro para acercarse á ella...

ELADIA. ¿Cómo?...

BERMEL. (Siga la bola.) Yo puse el pié sobre el inocente Virginio, porque lo consideré un escalón para llegar hasta usted.

ELADIA. ¿Será posible?

BERMEL. Si he pedido á don Roque una cantidad, que no necesitaba, porque me sobran los medios... (para morirme de hambre.) Si he dejado embargar mis muebles, si he solicitado que los trasladen aquí, ha sido por ver á usted, por escucharla, por respirar este ambiente perfumado por su aliento.

ELADIA. Señor mío, esa es una declaración...

BERMEL. Del volcán en que me abraso. Los de Nápoles y Sicilia son dos lamparillas, comparados con los de mi pecho.

ELADIA. ¿Pero ignora usted que mi tío quiere casarse conmigo?

BERMEL. ¿Y preferirá usted la yerta mano de un tío, á la juguetona diestra de un pintor apasionado?

ELADIA. Aléjese usted, caballero.

BERMEL. En ese caso, sé lo que me toca hacer. Todo se reduce á un par de libras de arsénico, que pronto tendré en mis entrañas. (Cogiendo el sombrero.)

ELADIA. ¡Tan criminal atentado!..,

BERMEL. Pondrá término á esta inaguantable vida.

ELADIA. Por piedad, señor de Bermellón.

BERMEL. Paco... llámeme usted Paco.

ELADIA. Pues bien, Paco, yo quiero que viva usted; no soy yo, es mi futuro marido el que...

BERMEL. ¡Su marido!... ¡Tratarme con tal crueldad, cuando yo sólo aspiro á vivir dichoso entre usted y él!

ELADIA. Eso es justamente lo que á mi tío no le agrada

BERMEL. Yo que me proponía hacer su retrato de usted al fresco...

ELADIA. ¿Sí?...

BERMEL. Y el de Virginio también.

ELADIA. Déjese usted ahora del perro.

BERMEL. ¡Pobre Virginio! No me echaría él de esta casa. Ese es un perro que tiene mucho de aquí. (Señalando el corazón.) (Y de aquí.) (Llevando el brazo atrás y moviéndolo como la cola de un perro.)

ELADIA. Cálmese usted. Yo veré á mi tío, yo le hablaré...

ESCENA XII

DICHOS y JULIANA con un ramo de flores.

JULIANA. Aquí está el ramo que me ha encargado usted...

(Ap. á Bermellón.) Ahora voy ó ocuparme de la ropa. (Vase por la puerta derecha y á poco vuelve.)

BERMEL. (Presentando el ramo á Eladia.) Acéptelo usted, señora, como la última ofrenda de mi amor.

ELADIA. ¡Oh!... ¿Había usted encargado estas flores para mí?

BERMEL. Y me proponía renovarlas diariamente.

ELADIA. Gracias. Nunca se le ha ocurrido á mi tío semejante galantería.

JULIANA. (Sacando una levita, un chaleco y un pantalón.) ¡Ay! ¡señorito! ¡Que mal cuidada tiene usted la ropa!

BERMEL. (¡Diantre! ¡me va á despoetizar!) Bien, bien... más tarde hablaremos de eso.

JULIANA. Este pantalón tiene rota la trincha.

BERMEL. (Ap. á Eladia.) Con tal fuerza he suspirado por usted.

ELADIA. ¿Á ver!... ¿Á ver?... (Cogiendo el chaleco.) Y el chaleco está roto por los bolsillos.

BERMEL. Del peso del dinero: todo se explica.

ELADIA. Juliana... dame una aguja y seda.

BERMEL. ¡Cómo, señora!... ¿Tendría usted la amabilidad?... (Juliana le da á Eladia una aguja henebrada.)

ELADIA. Esto no cuesta ningún trabajo.

BERMEL. ¡Oh! cosido por usted ese chaleco, él y no otro me oprimirá el esternón en la tumba.

JULIANA. ¡Anda!... La levita no tiene ni un botón.

BERMEL. Descuídos de mi sastre.

JULIANA. (Ap. á Bermellón.) Le pondré los del gabán de mi señor. (Descose los botones del gaban y los pega á la levita, sentándose en una butaca. Eladia cose el chaleco en otra.)

BERMEL. Bien... Suma y sigue. Que los anote en la cuenta.

ELADIA. En un momento le acabo el chaleco, y en seguida le arreglo á usted el pantalón.

BERMEL. ¡Oh! eso sería demasiado, y yo mismo evitaré á usted esa molestia. (Coge el pantalón y una aguja y se sientu á coser en el suelo en medio de Eladia y Juliana.)

ELADIA. ¿No quiere usted agradecerme tan pequeño trabajo?

BERMEL. Quiero compartirlo con usted.

ELADIA. ¡Cómo!... ¿sabe usted coser?

JULIANA. ¿No ha de saber, si es pintor?

BERMEL. Justo, para pintar... Esta chica tiene mucho talento.

(Suena una campanilla por la derecha.)

ELADIA. (Con indiferencia.) Parece que llama mi tío... ¿Me da usted la cera?

BERMEL. Con mucho gusto. (Vuelve á sonar la campanilla.)

JULIANA. (Sin dejar de coser.) En efecto, el señor es el que llama.

BERMEL. Bueno... Ya me he dado un pinchazo.

JULIANA. (Sigue cosiendo y canta.)

Á la Habana me voy,
te lo vengo á decir...

BERMEL. (Id. acompañando á Juliana.)

Que me han hecho sargento
de la Guardia civil.

(Juliana sigue cantando la misma copla, y vuelve á sonar dentro la campanilla.)

ELADIA. (Cantando á la vez y cosiendo.)

Tú de mis lágrimas
único autor, etc.

BERMEL. (Id.) Salva á tu víctima,
tirano amor, etc.

ESCENA XIII

DICHOS y D. ROQUE

D. ROQUE. ¿Juliana?... ¿No oyes la campanilla?... ¡Qué haces! (Siguen cantando.) ¿Pero qué algarabía es esta? ¿Se ha convertido mi estrado en obrador de sastre? ¡Calla! y esta ropa no es mía.

JULIANA. Claro... Como que es de este caballero.

D. ROQUE. (¡Voto á Cribas! Todavía está en mi casa...) (Á Eladia.) ¿Y tú también le zurces?... (Cogiendo la ropa.) Tira esos trapos por el balcón. (Á Juliana.)

BERMEL. No tengo inconveniente. Yo los tasaré, y el precio se rebaja de la cuenta.

D. ROQUE. (Y dale con la cuenta.) Bien, bien, no los arrojes, pero llévatelos de aquí al momento.

JULIANA. (Ap. á Bermellón) Descuide usted. Voy á seguir el trabajo en el comedor. (Vase.)

ESCENA XIV

ELADIA, BERMELLÓN y DON ROQUE. Bermellón sigue cantando á media voz, y cosiéndose un botón del pantalón que lleva puesto.

D. ROQUE. (Ap. á Eladia.) ¿Conque lejos de plantarle en la calle te pones á repasarle la ropa?...

ELADIA. (¡Qué hacer, Dios mío! si lo despide, será capaz de matarse.)

D. ROQUE. (Id.) Pues ahora verás con qué lisura le digo yo...

ELADIA. ¡Oh! ¡qué idea! (Ap. á Roque.) Silencio por piedad. Lanzar á ese joven de este domicilio sería la mayor de las ingratitudes.

D. ROQUE. (Id. á Eladia.) ¿Por qué?

ELADIA. (Id) Porque él fué quien me libró de las ondas.

D. ROQUE. (Id.) ¿Él? ¿Te lo ha dicho?

ELADIA. (Id.) He arrancado esa confesión á su modestia.

D. ROQUE. (Id.) Cuando yo te decía... (A Bermellón.) Conque fué usted el sér ilustre y longánimo?... Deme usted veinte abrazos.

BERMEL. (¿Qué longanimidad será esta?

D. ROQUE. ¿Ó por mejor decir, abrázame; porque tú me permites que te apee el tratamiento, eh?

BERMEL. Sí, hombre, apéalo aunque sea por las orejas. Poro sepamos de qué se trata.

D. ROQUE. Vamos... no intentes ocultar tu heroísmo. Sé lo del río.

ELADIA. (Ap. á Bermellón.) Llévele usted la corriente.

BERMEL. (¡La corriente del río!... Que me ahorquen si entiendo una palabra.)

D. ROQUE. ¿Tú fuíste el que se arrojó al Tajo?

BERMEL. ¿Al Tajo?... (Así cayeras por el de Ronda.)

ELADIA. (Dígale usted que sí.)

BERMEL. En efecto... yo fuí el que me arrojé...

D. ROQUE. Para librar á Eladia de una muerte segura.

BERMEL. (¡Ya caigo! ¡me toma por el perro de Terranova!)

D. ROQUE. ¿Y cómo fué?... ¿Tú te estabas bañando, eh?

ELADIA. Cierto, él se estaba...

BERMEL. Sí, yo me estaba...

D. ROQUE. ¡Hombre!... ¿Querrás creer, que en la oscuridad de la noche nos parecías un perro?

BERMEL. ¿De veras?

D. ROQUE. La cabeza... el cuerpo... la cola...

BERMEL. Justo... Debería parecerlo; porque cuando me baño, me disfrazo de perro, para nadar mejor.

D. ROQUE. Pues chico, estabas tan propio, que hasta nos pareció oirte ladrar.

BERMEL. No, señor, no. En cuanto á eso le engañó á usted el eco de su voz.

ELADIA. Para manifestar á este caballero nuestro agradecimiento, le he suplicado, en nombre de usted, que nos acompañe hoy á la mesa.

BERMEL. Y yo al aceptar hoy la invitación á nombre de usted, he prometido venir también mañana en el mío.

D. ROQUE. ¿Sí, eh?... (Lo que me encanta de este mozo es la cortedad de genio.) Ya que lo has convidado, tendré sumo placer... entre tanto voy á casa del escribano para que suspenda la ejecución. (Se quita la bata y se pone el chaleco.) ¡Ay!... de seguro va á cambiar el tiempo! Este pícaro brazo...

BERMEL. ¿Padece usted de reuma? Yo conozco un médico especialista que se lo quita en dos días.

D. ROQUE. ¿En dónde está ese porten?... (Reconociendo los bolsillos del chaleco.) ¡Diantre!... yo tenía aquí dinero... (A Eladia.) ¿Lo has tomado tú?

ELADIA. No, por cierto.

BERMEL. En efecto, ahí estaba; pero adiviné la intención de usted, y lo he trasladado aquí... En fin, adiciónelo usted á la cuenta. Suma y sigue.

D. ROQUE. ¿Pero díme, tú has creído que yo soy tu padre ó tu tío?... (Poniéndose el gabán.) ¡Pues me gusta la manera de!... ¿Dónde están los botones de este gabán?... ¡Demonio!... Si no tiene ni uno.

ELADIA. ¡Pues es verdad!

BERMEL. ¿Ha salido usted hoy?...

D. ROQUE. Esta mañana.

BERMEL. Advertiría usted que corría un norte...

D. ROQUE. Fuertísimo.

BERMEL. Pues el norte se los ha llevado. Ese viento es fatal para los botones.

D. ROQUE. Y para el reuma. ¡Ay!... ¿dónde vive ese médico especialista?

BERMEL. Ahí á la vuelta... calle del Desengaño, número veinte triplicado, segundo patio del centro, cuarta escalera de la derecha, tercer corredor de la izquierda...

D. ROQUE. ¡Eh!... que me mareas con tanto corredor y tanta escalera.

BERMEL. En la puerta de la casa hay un anuncio con las señas exactas.

D. ROQUE. Pues voy en seguida... ¡Ay! este dolor es insoportable. (Vase.)

ESCENA XV

ELADIA y BERMELLÓN

BERMEL. El físico que le recomiendo es director de unos baños; se los recetará á don Roque, como á todos sus enfermos, y durante su ausencia permaneceremos los dos solitos en esta casa.

ELADIA. ¡Los dos solos!... ¿está usted loco? (Se sienta y hace labor.)

BERMEL. He dicho mal. Los tres. Usted, Virginio y yo.

ELADIA. ¡Pobrecito!... ya hace una hora que no le veo.

BERMEL. ¡Qué amigo ha encontrodo usted, Eladia! ¡qué corazón tan sano y qué alma tan bella!

ELADIA. ¡Oh! sí, reconozco en usted...

TODA CLASE DE MUEBLES
PEDRO PIUS
GIGNÀS 22 Y 24, 3.º
BARCELONA

BERMEL. No hablo de mí: me refiero al perro.

ELADIA. ¡Ah!... ya.

BERMEL. ¡Qué ojos tan chispeantes los suyos! La aseguro á usted que no he visto otros más hermosos.

ELADIA. Gracias: es usted muy galante.

BERMEL. Yo todo lo sacrifico á la verdad. Ese animal es el fénix de...

ELADIA. Hablemos de otra cosa. ¿Usted es pintor?

BERMEL. Al fresco; y pienso emplear todo mi genio en hacer su retrato.

ELADIA. ¡Oh!... yo no merezco...

BERMEL. Perdone usted, hablaba de Virginio.

ELADIA. (Y dale con el perrito.)

BERMEL. Primero haré el suyo y después el de usted.

ELADIA. Gracias por la preferencia.

BERMEL. El perro antes que todo.

ELADIA. (Levantándose bruscamente.) ¡Eso ya es demasiado! y le prevengo á usted, que si sigue hablando de él, seré capáz de regalárselo al primero que pase por la calle.

BERMEL. (Desbanqué á mi cuadrúpedo rival.) (Eladia se sienta en el sofá que habrá al lado de la puerta derecha, delante del cual está el biombo.) (¡Bravo!... entra en mi gabinete.) Si he podido incomodar á usted, la suplico que me dispense una falta hija de...

ELADIA. (Haciéadole lado en el sofá.) Afortunadamente no soy rencorosa.

BERMEL. (Sentándose.) ¡Ah! es usted encantadora. (La besa la mano.)

ELADIA. Y usted muy atrevido.

BERMEL. No tema usted, señora: por lo mismo que está usted en mi casa, sabré respetar su decoro. ¿Me permite usted una pregunta?

ELADIA. ¿Por qué no?

BERMEL. ¿Ama usted mucho á don Roque?

ELADIA. Como á un padre, como á un amigo... ¿por qué es la curiosidad?

BERMEL. Como piensa usted casarse con él...

ELADIA. No, él es el que piensa casarse conmigo.

BERMEL. ¿Y usted lo rechaza?... ¡Oh, felicidad! (Vuelve á besarla la mano.)

ESCENA XVI

DICHOS y D. ROQUE

D. ROQUE. (Dirigiéndose á la puerta izquierda.) ¿Sobrina?... ¿dónde está mi saco de noche?

ELADIA. (Ap. á Bermellón.) ¡Cielos! ¡mi tío!... ¡si me ve aquí!...

BERMEL. (Ap. á Eladia.) ¡Silencio!

ELADIA. (Ap.) ¡Sálveme usted, por Dios!

D. ROQUE. ¡Ah!... no te incomodes. Ahora recuerdo que está en este otro cuarto. (Se dirige á la puerta derecha. Bermellón le sale al encuentro y le tapa la cara con su sombrero.)

BERMEL. ¿Á dónde va usted?

D. ROQUE. Á buscar un saco de... Salgo hoy mismo para los baños.

BERMEL. Perdone usted, tengo una visita en mi gabinete.

D. ROQUE. ¿Y qué?

BERMEL. Que esa visita pertenece al bello sexo, y, naturalmente, no quiere que usted la vea.

D. ROQUE. ¿Y quién le ha dado á usted permiso para recibir damiselas en mi casa? ¡Pues no faltaba otra cosa!

BERMEL. Yo puedo disponer de este terreno, y usted podrá añadir esto á la cuenta.

D. ROQUE. Usted no puede disponer de nada en mi domicilio, y sepa que ya estoy de usted hasta el pelo, y que le voy á arrojar por el balcón con los muebles y la damisela.

BERMEL. Señor don Roque, no demos un escándalo. Transijamos.

D. ROQUE. Con tal de que se vaya usted y no vuelva...

BERMEL. Esa señora tiene que salir de mi gabinete sin que usted la vea.

D. ROQUE. ¡Buena estará la señora! Bien, cerraré los ojos.

BERMEL. No basta.

D. ROQUE. ¿Quiere usted que me los saque?

BERMEL. Mire usted. Yo extiendo completamente este biombo. (Lo hace tapando enteramente el sofá.) Luégo se coloca usted aquí. (Lo conduce á la pared de la derecha, y lo pone vuelto de espaldas al biombo.) Y ahora se va la dama por el otro lado sin que usted la vea, porque yo me voy trayendo el otro extremo del biombo para tapársela. (Lo hace de manera que D. Roque quede arrinconado entre la pared y el biombo, y no pueda ver á Eladia, que sale por el lado opuesto de éste, y se va por la puerta izquierda.

D. ROQUE. (¡Que tenga yo que sufrir en mi honrada casa estos tapados!) Señora, váyase usted pronto ó la tiro por las escaleras.

BERMEL. Tranquilícese usted: ya se ha marchado.

D. ROQUE. Pues ahora hágame usted el favor de marcharse también.

BERMEL. Pero...

ELADIA. (Saliendo de la puerta izquierda.) ¿Me llamaba usted, tío?

D. ROQUE. Sí, te llamaba para que arregles mi equipaje,.. para que dispongas el tuyo. Esta misma tarde nos marchamos á los baños..

ELADIA. ¿Así?... ¿tan de improviso?...

D. ROQUE. El médico dice que son el único remedio para este maldito dolor. Además, quiero que dejemos esta casa... voy á tapiar la puerta.

BERMEL. (Condoliéndose de un brazo.) ¡Ay... este sufrimiento es horrible!

ELADIA. ¿Eh?... ¿Se ha puesto usted malo?

D. ROQUE. (¡Así se muera de repente!)

BERMEL. El condenado reuma no me deja descansar.

ELADIA. ¿Usted también padece?...

BERMEL. Un dolor idéntico al de don Roque. Y como el médico me ha recetado las mismas aguas, aprovecharé la ocasión de irme con ustedes.

D. ROQUE. ¿Con nosotros?... Primero me cuelgo de un álamo.

BERMEL. No hay que apurarse. Usted me paga el viaje, y lo anota en la cuenta.

D. ROQUE. ¿Yo?... lo que pagaría de buena gana sería tu entierro.

ELADIA. ¿Y para qué quiere usted hacer ese viaje?

BERMEL. ¿El de la eternidad? No pienso por ahora...

ELADIA. Aguardemos á la vuelta de mi tío, y si á él le sientan bien esos baños...

D. ROQUE. ¿Qué quiere decir aguardemos?

ELADIA. Quiere decir... que como este caballero se ha empeñado en casarse conmigo...

BERMEL. Es usted una evangelista.

D. ROQUE. ¿Esto más? ¿Y aunque él se haya empeñado?

ELADIA. ¡Es que á mí no me parece mal el empeñol...

BERMEL. Bendita sea tu laringe.

D. ROQUE. ¡Este hombre es la langosta de mi casa! Pero sobrina, ¿y yo?

ELADIA. Tío... yo le amo á usted como una hija.

D. ROQUE. ¡Y entregas tu corazón á un hombre que conoces hace algunas horas!

ELADIA. Al amor le basta un minuto.

D. ROQUE. ¡Á un pervertido, que recibe aquí á su querida!

ELADIA. No abrigo celos de ella.

D. ROQUE. ¡Que no tiene un cuarto!

ELADIA. Yo poseo algún caudal, y además, si necesitamos algo, usted nos lo prestará.

BERMEL. Justo, y lo apunta usted en la cuenta.

D. ROQUE. Anda al infierno.

BERMEL. ¿Piensa usted que no le pagaré? Pues sepa que tengo bien sentado mi crédito, y voy á probárselo.

(Al público.)

De aplausos deudor te soy,
conque tu bondad me alienta;
y aunque la deuda se aumenta,
apláudeme también hoy,
y cárgamelo en la cuenta.

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 26 *de Enero de* 1864.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RÍO

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.